

Davide Maffi

LOS ÚLTIMOS TERCIOS

EL EJÉRCITO DE CARLOS II



LOS ÚLTIMOS TERCIOS

LOS ÚLTIMOS TERCIOS
EL EJÉRCITO DE CARLOS II

Davide Maffi

Los últimos tercios
Maffi, David
Carlos II / Maffi, David
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020 – 368 p. 8 p. de lám. : il.; 23,5 cm –
(Historia de España) – 1.ª ed.
D.L: M-17784-2020
ISBN: 978-84-122079-8-9
94(460)“16/17”
355.4

LOS ÚLTIMOS TERCIOS

El Ejército de Carlos II

Davide Maffi

© de esta edición:

Los últimos tercios

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-122079-8-9

Diseño y maquetación: David Sancho Bello

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Revisión técnica: Àlex Claramunt Soto

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Todas las imágenes son de dominio público o tienen licencia Creative Commons.

Selección de Àlex Claramunt Soto y del autor.

Primera edición: septiembre 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2020 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ebook: booqlab



Esta obra ha recibido una

ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

ÍNDICE

[Introducción](#)

[1 LA MONARQUÍA EN GUARDIA:
LAS GUERRAS EUROPEAS](#)

[2 LOS EJÉRCITOS REALES](#)

[3 LOS SOLDADOS DEL REY](#)

[4 LA CARRERA DE LAS ARMAS](#)

[Conclusiones](#)

[Bibliografía](#)

INTRODUCCIÓN

En la historiografía española, el reinado de Carlos II nunca ha tenido buena fama. Las características del último monarca de la dinastía de los Austrias, enfermizo, estéril y con poca capacidad intelectual, fruto de varias uniones matrimoniales entre primos con las consecuencias que eso conlleva, nos ha acostumbrado a considerar la historia de este reinado como una época marcada por una serie de desastres. Con la monarquía en plena crisis y un periodo de decadencia sin fin que veía la España del postrero de los Austrias incapaz de poder defender sus posesiones de las agresiones de sus enemigos. Sin medios, con unas fuerzas armadas ridículas, mandadas por unos cuantos incompetentes, coléricos y vanidosos, el poderoso imperio se había reducido a apenas un pobre cuerpo carcomido, enfermo, que estaba esperando sombríamente su fin.

Un dramático cuadro en el que los historiadores partidarios de la nueva dinastía borbónica durante el siglo XVIII pusieron todo su empeño para hacerlo todavía más negativo y justificar el cambio dinástico, así como exaltar las capacidades de los nuevos monarcas en sus intentos de recuperación y renovación del exangüe cuerpo de España. Esta visión, seguramente, es interesada, se ha recuperado sin ningún argumento crítico por parte de los historiadores decimonónicos y ha llegado intacta hasta nuestros días, prácticamente. También en años recientes varios historiadores han retomado la perspectiva clásica de un imperio agonizante y no han ahorrado críticas acerca de la gestión política y militar de la monarquía durante esa

época, con el resultado de perpetuar una visión estereotipada acrítica del reinado del último descendiente de una dinastía gloriosa. [1](#)

Pero ¿en realidad fue el reinado de Carlos II tan nefasto como la historiografía tradicional nos ha dado a entender hasta ahora? Es posible que nos encontremos en una época de graves crisis y en la que las capacidades monárquicas estaban muy lejos del clímax del reinado de los Austrias mayores. Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades, la monarquía demostró poseer unas fuerzas vitales inesperadas que le permitieron sobrevivir a las severas dificultades de esos años. La visión clásica de un país abandonado a sí mismo, gobernado por unos incapaces, sin medios y sin fuerza de voluntad ha empezado a matizarse seriamente en las últimas décadas y se ha puesto en evidencia la disposición de resistencia demostrada por la monarquía y sus capacidades de adaptación en un mundo que cambiaba a toda prisa. [2](#)

También el Ejército, considerado el auténtico eslabón débil de la estructura, demostró mantener unas aptitudes notables, que le hacían merecedor del respeto tanto de aliados como de adversarios. No solo la aportación militar hispana, tan criticada, resultó siempre fundamental para frenar las ambiciones de la Francia de Luis XIV, al final, el contingente de Carlos II fue uno de los ejércitos más importantes que se movilizaron contra el monarca galo y desempeñó siempre un papel de gran importancia.

El presente trabajo intenta reconstruir la trayectoria del instrumento militar del último Austria para demostrar cómo, a pesar del periodo de crisis, este siguió siendo un conjunto formidable del cual los adversarios de la monarquía debían tener debida cuenta. Se ha preferido ordenar la exposición en campos temáticos y no en orden cronológico. De este modo, los capítulos están dedicados al estudio y explicación de diversos aspectos del mundo militar y de su impacto en la sociedad, para permitir, con

ello, un análisis de conjunto de los variados componentes que interactuaron. Así, el primer capítulo analiza la evolución de la contienda con la reconstrucción de las campañas bélicas, la estrategia perseguida por el alto mando hispano y la actuación de las fuerzas de la Corona en el campo de batalla. El segundo, se ha dedicado al estudio de las tácticas, organización, cuantía y formación de los contingentes hispanos. El tercero reconstruye la aportación a los mismos de los distintos reinos y provincias europeas del Imperio español con las levas y servicios ofrecidos y el aporte de mercenarios y de tropas auxiliares en la construcción de las huestes reales. Por último, el cuarto capítulo reconstruye el papel del Cuerpo de Oficiales, el de la evolución de la carrera de las armas para demostrar cómo el Ejército español siguió estando conformado por unos cuantos profesionales de la guerra. Aunque es cierto que no faltaron incompetentes cortesanos y varios imberbes aristócratas colocados en puestos de relevancia sin ninguna experiencia militar, se trataba de defectos en la estructura de mando comunes al resto de ejércitos europeos de su tiempo.

Por razones obvias, en consideración con los miles de publicaciones aparecidas en estos últimos lustros en torno al ejército de los Austrias, se ha reducido la bibliografía al mínimo indispensable para evitar aumentar en exceso el texto y abrumar al lector.

Este trabajo se presenta como el culmen de varios años de investigación en los archivos de la antigua monarquía española y es enorme la deuda de reconocimiento de quien escribe estas páginas con respecto a numerosos colegas investigadores de varias instituciones españolas y europeas. Seguramente no es posible aquí dar las debidas gracias a todos ellos, pero quiero ofrecer mis reconocimientos a algunos amigos que han acompañado mis pasos en estos estudios acerca de la monarquía y el ejército de los Austrias: Luis Ribot (UNED, Madrid),

Francisco Andújar Castillo (Universidad de Almería), Christopher Storrs (University of Dundee), Alberto Marcos Martín (Universidad de Valladolid), José Javier Ruiz Ibáñez (Universidad de Murcia), Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (Universidad Autónoma de Madrid), Manuel Herrero Sánchez (Universidad Pablo de Olavide, Sevilla). También quiero mencionar a algunos de los compañeros investigadores de Simancas con los cuales he compartido la sala y las discusiones del café: Eduardo de Mesa Gallego, Antonio Rodríguez Hernández (UNED, Madrid) y Phillip Williams.

Un agradecimiento particular va dirigido al personal del Archivo de Simancas, sin duda alguna, el archivo más acogedor del mundo, que me ha ayudado enormemente en el curso de mis estancias. También dedico un reconocimiento especial a todos los amigos vallisoletanos que han tenido que aguantarme durante todos estos años y que, verdaderamente, son muchos. Gracias a todos.

Por último, quiero agradecer por su disponibilidad y el trabajo que ha hecho a la editorial Desperta Ferro y en general a todos sus empleados, que me han seguido paso a paso, lo que no ha sido fácil, en este trabajo. Sin ellos, este libro nunca habría salido a la calle.

NOTAS

- [1](#) No es posible aquí ofrecer un cuadro exhaustivo de la historiografía del reinado de Carlos II. Por ello, remito a las consideraciones expuestas en Maffi, D., 2016, 111-127.
- [2](#) El texto básico acerca de las capacidades de la monarquía para adaptarse a la nueva época sigue siendo Storrs, C., 2013.

1

LA MONARQUÍA EN GUARDIA: LAS GUERRAS EUROPEAS

UNA CUESTIÓN ABIERTA: EL FIN DE LA GUERRA DE PORTUGAL (1665-1668)

Herederero de un imperio donde el sol nunca se ponía, Carlos II tuvo que defender con uñas y dientes su legado paterno de la política agresiva de sus vecinos. Entre 1665 y 1700, España se vio involucrada en cinco conflictos de envergadura: la guerra contra Portugal (recibida de Felipe IV y destinada a concluir de manera catastrófica en 1668), la de Devolución (1667-1668), la de Holanda (1673-1678), la de Luxemburgo (1683-1684) y la de los Nueve Años (1688-1697). Una serie de enfrentamientos en los cuales la monarquía tuvo que implicarse para poder hacer frente a la implacable política de Luis XIV y a sus aspiraciones hegemónicas en Europa. Todo ello sin contar las operaciones de ultramar en defensa del imperio americano (contra corsarios e indígenas, en particular contra los belicosos araucanos de Chile), [1](#) así como la encarnizada lucha para la conservación de los presidios africanos, que obligó a la monarquía, como veremos más adelante, al envío continuo de hombres y medios para encarar la amenaza constante de argelinos y marroquíes. Un conjunto

de factores que constriñó a la Corona a esfuerzos hercúleos para mantener contingentes en los diversos frentes de guerra, alejados entre sí y con escasas conexiones, lo que hacía muy problemático su abastecimiento y la planificación de una defensa coordinada contra las ofensivas francesas.

Un problema, este último, que no afectaba en absoluto a los franceses. Estos pudieron aprovecharse de su posición central para golpear los órganos vitales del adversario y en todo momento supieron concentrar sus fuerzas para lanzar asaltos contra cualquiera de los puntos sensibles de la estructura defensiva española. Flandes, Milán y Cataluña se hallaban al alcance de las ofensivas de Luis XIV y ofrecían un blanco propicio. Un ataque contra Cataluña hubiera puesto bajo presión las fronteras castellanas, mientras que, por el contrario, los españoles no podían alcanzar desde los Pirineos ningún núcleo importante de Francia. También un golpe afortunado lanzado contra Milán hubiera podido cortar de manera definitiva las comunicaciones entre España y Alemania y puesto en serio peligro a Nápoles. [2](#)

Las posibilidades que tenían los franceses de poder embestir a su placer cualquier punto neurálgico de la monarquía dejaba la cúpula militar española ante un verdadero incubo estratégico que ya se había manifestado en toda su gravedad en el transcurso del largo conflicto contra Francia en los años 1635-1659, cuando España había tenido que hacer frente a varios ataques simultáneos en Flandes, Milán y Cataluña destinados a repetirse en toda su magnificencia durante estos decenios convulsos. [3](#)

Sin embargo, el primer problema que tuvo que afrontar el nuevo monarca no fue la agresividad del vecino galo, sino poder acabar de manera positiva, o por lo menos de manera no tan humillante, el largo conflicto que mantenía la monarquía contra Portugal.

Portugal, parte integrante de la compleja estructura de la monarquía de los Austrias desde su anexión en 1580, había aprovechado las dificultades que se cernían sobre

España, empeñada en múltiples frentes de guerra, para sublevarse y proclamar su independencia y restaurar un reino luso autónomo. ⁴ Para poder recuperar dicho reino rebelde se enviaron unos cuantos cuerpos de ejército a la frontera lusa, de los cuales, sin duda alguna, el Ejército de Extremadura constituyó la punta de lanza de las fuerzas españolas en la lucha contra el vecino, al que hay que sumar las unidades movilizadas en Castilla la Vieja y León (Puebla de Sanabria y Ciudad Rodrigo), en Galicia (Tuy y Peñaranda y después en Monterrey) y en Andalucía (Ayamonte), donde se establecieron pequeños contingentes de tropas para defender estos territorios de los asaltos de la caballería enemiga. ⁵

La decisión tomada en 1641 por parte de la cúpula militar española de concentrar todos los recursos de la Península en la empresa de la recuperación de Cataluña, así como la necesidad de encarar tantos frentes de guerra, hicieron que hasta 1656 el combate contra Portugal se considerara a todos los efectos como secundario. Esta estrategia la consideran hoy muchos historiadores como catastrófica, porque en 1641 los portugueses no tenían ninguna posibilidad de poder resistir a un ataque organizado. Sin ejército, sin fortificaciones modernas en la frontera, sin una organización militar digna de este nombre, con sus mejores oficiales empeñados fuera del país (y muchos de ellos sirviendo en el Ejército español), los lusos no hubieran podido defenderse de ninguna manera. ⁶ Pero esta tregua *de facto* les permitió durante esos años reconstruir sus fuerzas militares, establecer relaciones diplomáticas con las otras potencias europeas (vitales para obtener las ayudas que permitieron a Portugal sobrevivir durante las décadas siguientes) ⁷ y prepararse para hacer frente a la contraofensiva española. ⁸

Por tanto, reducido al rango de frente secundario, se intentó llevar a cabo una conflagración a bajo coste, para lo que se recurrió, sobre todo, a milicias locales y a gentes

reclutadas por la nobleza, a quienes se unieron unos pocos profesionales, en su mayoría italianos e irlandeses. Estas tropas se revelaron en varias ocasiones como de mala calidad, indisciplinadas, mal armadas y poco dispuestas a luchar. [2](#) La orografía del territorio contribuyó de forma notable a empeorar una situación ya de por sí terriblemente compleja a causa de la falta de recursos. Estéril, pobre, sin agua, la guerra a lo largo de la frontera extremeña y andaluza se hizo en condiciones horribles para los hombres y los animales. Las tropas, como los caballos, enfermaban y morían por miles; sin pagas y medios de subsistencia, los soldados desertaban en masa. [10](#) La lucha de frontera se redujo a algunas correrías durante las cuales los portugueses en varias ocasiones demostraron poseer una mejor organización defensiva para parar los intentos de penetración de los jinetes españoles. [11](#)

Solo a partir de 1657 la monarquía empezó a considerar seriamente la opción de reconquistar el reino rebelde, cuando se concentraron en todos estos cuerpos unos 46 100 soldados con ocasión de la primera gran ofensiva lanzada a lo largo de la frontera extremeña. [12](#) Un empeño militar que creció en los años siguientes, cuando, después de la Paz de los Pirineos, se pudieron reunir miles de veteranos de los ejércitos de Flandes y Lombardía, además de unas cuantas nuevas unidades, en la frontera portuguesa para poder acabar con la rebelión. [13](#) Un esfuerzo titánico que no dio los resultados esperados.

En realidad, la guerra en la frontera portuguesa se podía ya considerar acabada cuando el desafortunado Carlos II sucedió a su padre. Las derrotas padecidas por parte del Ejército español en Ameixial (8 de junio de 1663) y en Montes Claros (también conocida como batalla de Villaviciosa, 17 de junio de 1665) habían destruido por completo las posibilidades españolas de poder recuperar el reino luso. [14](#) Sin un verdadero contingente en campaña, que después de la batalla de Montes Claros había dejado

de existir, con el mando militar en pleno caos y con la corte de Madrid paralizada después de la muerte de Felipe IV, a partir del otoño de 1665 la iniciativa se dejó totalmente en mano de los portugueses y de sus aliados, que empezaron a lanzar ofensivas en contra del territorio castellano.

En el mes de octubre, el mariscal Schönberg, [15](#) al mando de unos 13 500 efectivos, penetró en Galicia y arrasó la frontera, con el virrey, el napolitano Luigi Poderico, que solo disponía de unos 6000 infantes y 1500 caballos para poder defender la región, que no pudo, y no supo, contener el ímpetu de las fuerzas adversarias abandonando en manos enemigas La Guardia y otras plazas menores. En esas semanas convulsas, los intentos españoles de reaccionar con asaltos en territorio enemigo no dieron resultados notables. El marqués de Caracena y el príncipe de Parma tuvieron que hacer frente en el Alentejo a la reacción de las fuerzas adversarias y una columna de 1800 soldados al mando de este último fue aniquilada cerca de Barbacena.

A finales de año, Schönberg acometió una nueva incursión contra Andalucía en cabeza de una columna de 4000 efectivos, que se repitió en el mes de mayo siguiente cuando el general alemán, con 5000 hombres entre portugueses, ingleses, franceses y holandeses, tomó, después de un breve sitio, Sanlúcar de Barrameda.

Solo a principios de septiembre de 1666 las fuerzas españolas consiguieron por fin reaccionar, cuando el marqués de Caracena y el príncipe Alejandro Farnesio, en respuesta a las incursiones lanzadas contra el territorio andaluz, penetró en Portugal con poco más de 4000 infantes y 2000 caballos y consiguió derrotar a un cuerpo de 1200 monturas portuguesas. Una ofensiva parcial y limitada que no anuló a los enemigos la iniciativa, pues el mariscal Friedrich Hermann Schönberg, siempre él, en el mes de marzo siguiente penetró en territorio castellano,